
MANUEL PEREDO.

El Doctor Manuel Peredo nació en México en 1830. A los veinte años de edad comenzó su carrera de Medicina, que terminó tomando el grado de Doctor en 1859, después de haber merecido por su ciencia ejercer el cargo de médico de los alumnos de la Escuela de la Facultad.

Ha sido redactor de los principales periódicos científicos y literarios, y es autor de un bello proverbio en dos actos titulado *El que todo lo quiere*, y hábil traductor de *El Duelo*, de Ferrari, y de *Serafina*, de Sardou.

Su especialidad es la crítica teatral, que ejerce con un tacto, profundidad y erudición de primer orden. El más notable de sus trabajos de esta especie es el que escribió sobre *El Edipo*, de Martínez de la Rosa.

En 1870 trabajó en la creación del Conservatorio dramático, del cual es uno de

los más distinguidos profesores, habiendo escrito para su cátedra la mejor obra tal vez que existe sobre la materia. Es profesor de Gramática, Retórica y Poética en los primeros establecimientos de educación, y miembro de las principales Sociedades médicas, de Historia Natural, de Geografía y Estadística, de la Academia de Ciencias y literatura, y correspondiente de la Española.

Es un verdadero clásico; sus poesías son severas ó chispeantes de gracia, según los asuntos que tratan, y seducen por su pureza y corrección.

Es el más profundo y cortés de los críticos de su patria.

ESPERANZA.

Vino ya con sus sombras
La amiga noche á recoger cual ántes
Mis suspiros amantes,
Muda depositaria
De este secreto que en mi pecho mora;
Y el ángel cuya imagen bienhechora
Vive en mi corazón, cual solitaria
Perla escondida en ignorada concha,
Vuela á llevarle en las veloces alas
De su brisa callada,

Mi suspiro de amor, las ansias mías,
No cual en otros días
Con lágrimas mezcladas,
Con lágrimas de sangre envenenadas.
¡Qué largas son las noches
Del dolor sin consuelo!
¡Ni una luz en la tierra,
Ni una estrella en el cielo!
Y el que en tan negra oscuridad sumido
Cruza el campo, perdido,
Y amparo busca, y luz y compañía,
Aguarda en vano el día;
Porque para el que llora
No hay celajes, ni aurora,
Ni brisa matinal, ni luna llena;
¡Su pena nada más, sólo su pena!
Tal vez allá á lo lejos
Anhelante descubre los reflejos
Que el tibio rayo de la luna envía,
Y se figura el triste que es el día,
Y de esa luz menguada,
Con tanto afán deseada,
El escaso fulgor llorando adora;
Que esa luz bienhechora
Que al fin piadoso el cielo le depara,
Es para él la clara
Antorcha que le guía en el camino
Por do va, fatigado peregrino.
¡Con qué placer registra cuidadoso,
De la escarpada senda
Que hasta allí recorrió con pié medroso,
Ambas orillas que galano viste
El floreciente Mayo!
Y al efímero rayo
Con que se anima el triste,

Avido busca las pintadas flores
Que allí desparrainadas se le ofrecen,
Y aspira sus olores,
Y en tanto sus pesares se adormecen.
¡Oh si pudiera detener el curso
De la tupida nube
Que ya rápida sube
A eclipsar los escasos resplandores
De aquella luz incierta,
A sus ojos un punto descubierta!
¡Oh si dado le fuera
Que hasta en su hora postrera
Bañase su abatida
Frente, ya sumergida
En el letal desmayo,
De la bendita luz el tibio rayo!
¡Y si la bañará! porque es reflejo
Esa luz bienhechora
Del sol eterno á quien cantando adora
En himnos de celeste melodía
Cuanto creado existe;
Bálsamo de consuelo para el triste,
Fuente de bendición para el que llora:
Porque esa luz que alcanza
A descubrir entre la noche oscura
De su negra amargura,
Viene de Dios, se llama la *Esperanza*.
En ella fia el vacilante paso
Al continuar; á ella se encomienda
De nuevo al emprender la áspera senda
En su largo camino;
Y cual el peregrino
Que al tocar los umbrales
Del santuario á do va con fe piadosa
Siente desvanecerse por encanto

El cansancio, la pena y la ardorosa
Sed que ántes le rendía,
Así de aquella luz al fulgor santo
Nuevo vigor y nuevo aliento ería,
Y ligero se apresta
Del monte á trasponer la áspera cresta.

Porque en el fondo oscuro
De su cerrado porvenir, y escritas
Cual por la mano compasiva y santa
De aquel que lo levanta
Y las perdidas fuerzas le devuelve,
Ha leído seguro
Estas letras benditas,
Este anuncio que el alma le recrea,
Y que le hace exclamar: ¡bendito sea!

«Dios no llevó á sus hijos en el mundo
Por senda que á la dicha no encamine
Y en la dicha termine;
Ni un suspiro jamás de lo profundo
Del corazón arranca que no sea
En himno convertido,
Himno del corazón agradecido» (1).

Vén pues, dulce bien mío,
Tú que la senda del dolor cruzando
Y en pos de tí dejando
De lágrimas un río,
Á mi lado caminas valerosa;
Vén, y tu cariñosa
Mano me enjague las que vierto triste:
Que si nublado viste
El horizonte de la dicha nuestra,
Hoy esa luz te muestra,
Roto el oscuro velo,

(1) ZIMMERMAN, *La Soledad*.

Dichas sin fin en el azul del cielo.
Juntos vivir, y hasta la muerte juntos,
Tal es nuestro destino;
Sigamos pues en paz nuestro camino,
Y confiada espera
Que hasta en la hora postrera
Bañe nuestra abatida
Frente, ya sumergida
En el letal desmayo,
De la bendita luz el tibio rayo.

GUILLERMO PRIETO.

Guillermo Prieto lleva más de cuarenta años de estar conquistando sólida fama como inspirado poeta y literato. Sincero amigo y mentor de todo jóven que se dedica á las bellas letras, es llamado por muchos *su maestro*, y goza del respeto y cariño de cuantos le conocen y admiran.

Es un distinguidísimo economista, cuyas obras le han abierto las puertas de las principales academias de sabios de Europa, especialmente de Francia y Alemania. Es á la vez orador fácil y brillante, periodista hábil y variado.

Ha ejercido importantes cargos públicos, tales como Administrador de la Renta de Correos, Ministro várias veces, diputado á casi todos los Congresos Constitucionales.

Como poeta es quizá el más popular de su patria; en todos los géneros se ha ensayado, dejando en todos obras notabilísi-

mas; describiendo costumbres y tradiciones, raya á la más envidiable altura.

ENSUEÑOS.

Eco sin voz que conduce
El huracan que se aleja,
Ola que vaga refleja
Á la estrella que reluce;
Recuerdo que me seduce
Con ensueños de alegría;
Amorosa melodía
Vibrando de tierno llanto,
¿Qué dices á mi quebranto,
Qué me quieres, quién te envía?

Tiende su ala el pensamiento
Buscando una sombra amiga,
Y se rinde de fatiga
En los mares del tormento;
De pronto florido asiento
Ve que en la orilla aparece,
Y cuando ya desfallece
Y más se acerca y le alcanza,
Ve que su hermosa esperanza
Es nube que desaparece.

Rayo de sol que se adhiera
Á una gota pasajera,
Que un punto luce hechicera
Y al tocar la sombra muere.
Dulce memoria que hiere

Con los recuerdos de un cielo,
Murmurios de un arroyuelo
Que en inaccesible hondura
Brinda al sediento frescura
Con imposible consuelo.

En inquietud, como el mar,
Y sin dejar de sufrir,
Ni es mi descanso dormir,
Ni me consuela llorar.
En vano quiero ocultar
Lo que el pecho infeliz siente;
Tras cada sueño aparente,
Tras cada mentida calma,
Hay más sombras en el alma,
Más arrugas en la frente.

Si vienen tras este empeño
En que tan doliente gimo
La esperanza de un arrimo,
De un halago en un ensueño,
Si de mí no siendo dueño
Sonreír grato me veis,
Os ruego que recordéis
Que estoy de dolor rendido...
Pasad... dejadme dormido...
Pasad... ¡no me despertéis!

JOSÉ PEON CONTRERAS.

José Peon Contreras es un médico distinguidísimo, que entregado al sacerdocio de su profesion y conquistando en ella meritorios y humanitarios laureles, quiso un día darse á conocer como poeta, y con sorpresa general y sin oposicion alguna se transfiguró, por así decir, en un sacerdote de Apolo tan notable como éralo ya de Hipócrates.

Sin embargo, su mayor mérito como literato no puede fundarle en el género lírico, sino en el dramático, en que tal fama ha conquistado, que mereció de sus entusiastas amigos una corona de oro y el título de *Restaurador del Teatro en la patria de Alarcón y Gorostiza*. En dos temporadas teatrales ha dado á la escena unas doce obras dramáticas: *Hasta el cielo*, *El Sacrificio de la vida*, *Gil Gonzalez de Avila*, *Luchas de honra y amor*, *Esperanza*, *Anton de Alaminos*, *Un amor de Hernan-Cortés*, *El Con-*

de de Penalva, La Hija del Rey, Por el joyel del sombrero, Entre mi tío y mi tía.

Su oda á Hernan-Cortés obtuvo el primer premio en un concurso literario, y se ha reproducido con elogio en *La Ilustración Española* de Madrid.

Peon Contreras ha sido comparado al grande y extraño genio de D. José Echegaray por la gran semejanza que con él tuvo en las circunstancias que acompañaron á su aparición como dramático, y porque, como él, logró imponerse á un público asombrado, dividiendo las opiniones de los críticos de modo y manera que aún no han sido ni definidos ni juzgados.

EL SALTO DE BARRIO-NUEVO.

I.

Al pié de dos montañas colosales,
Un río transparente
Remueve sus cristales,
Y entre riscos y zarzales
Con estrépito lanza su corriente.
Cercado de perpétua primavera
Regala su frescura
Bañando la pradera,
Retratando á su paso por doquiera

Palmas y cielos en su linfa pura.

Crece la flor en su escarpada orilla
Luciendo sus colores,
En tanto que sencilla
Canta infeliz la tímida avecilla
Querellando sus rústicos amores.

Allí el pastor respira los aromas
De lirios y alelles;
Y al par de las palomas,
Bajan de tarde las cercanas lomas
A mitigar su sed los jabalíes.

Interrumpe su curso de repente,
Cortada en dura peña
Hondísima pendiente,
Y convertido desde allí en torrente,
Sobre un lecho de roca se despeña.

Un fris forma de belleza suma
Cuando su mole agita
Cayendo entre la bruma,
Cuando sus ondas de sonante espuma
En multitud confusa precipita.

Y hierve el agua en el revuelto seno
Del hondo abismo frío,
Zumbando como el trueno,
Y las ondas avanzan, y sereno
Sigue su marcha majestuoso el río.

II.

Un instante contemplé
Tu belleza singular,
Y breve y amargo fué,
Porque en tus aguas miré
La humana vida pasar.
En tu curso misterioso

Por sendas desconocidas,
Corres tranquilo y medroso,
Ya en un cauce pedregoso,
Ya sobre alfombras mullidas.

Encuentras á cada instante
Un escollo en tu camino,
Y andas y andas anhelante
Siempre adelante, adelante!
Sin conocer tu destino.

Humilde como las fuentes
Lamiendo vas tus orillas,
Al murmurar tus corrientes
Los amores inocentes
De las tórtolas sencillas.

O acaso tu lecho ahondando
Rugiente y negro te lanzas,
Y van tus aguas pasando
Como en la tierra llorando
Los hombres sus esperanzas.

Y sin que sepa jamas
A dónde tus ondas ruedan
Cuando caminando vas,
Caminas ¡ay! sin que puedan
Volverse un instante atras :

Como nunca retornaron
Las ilusiones que fueron,
Ni los seres que se amaron,
Ni las horas que pasaron,
Ni las flores que murieron.

Sobre el espejo en que nacen,
Tus blancas espumas miro
Pasar en rápido giro ;
Y cuán pronto las deshacen
Las brisas con un suspiro.

Así su dicha tambien,

Los que sollozan sin calma
Por el mundanal Eden,
Volar presurosas ven
En un suspiro del alma.

Tú en la gaya primavera,
Al pasar por la ribera,
Coges las flores que tocas ;
Las amas, y en tu carrera
Se van quedando en las rocas.

Así el hombre en sus errores.
Con indecible cariño
Guarda avaro sus amores,
Y va, desde que es muy niño,
Perdiendo en el mundo flores.

Y al fin, despues de luchar
En esta mundana guerra,
Tendrémos que descansar,
Los hombres bajo la tierra,
Y tú en el fondo del mar.

JUAN DE DIOS PEZA.

Juan de Dios Peza nació en México en 1852. Empezó la carrera de Medicina, y muy adelantado ya en ella la abandonó para dedicarse al cultivo de la literatura y al ejercicio del periodismo. Discípulo de Ignacio Ramírez y muy distinguido por él, y siguiendo con religiosidad los consejos de este eminente crítico, sus composiciones se distinguen por un buen gusto especial en su concepción y desarrollo, y es á la vez mucho más correcto y natural que todos los jóvenes literatos de su edad y de su círculo, y ha escrito mucho más que todos ellos.

Sus primeras poesías forman dos tomos, cuyo principal mérito consiste en el sentimiento vivo de la juventud, que en todas ellas palpita visiblemente.

En 1873 dió á la escena su primera obra dramática, *La Ciencia del hogar*; que obtuvo un éxito brillante, como también su

Epilogo de Amor y su *Colon*, drama elevado, majestuoso y de rica versificación.

Sus triunfos literarios le han valido merecidas distinciones, y entre ellas la de haber sido nombrado segundo Secretario de la Legación de México en España, puesto que en la actualidad ocupa.

Su amable y fino trato y un hábil conocimiento del empleo de la oportunidad le han relacionado en Madrid con muchos y muy distinguidos literatos, á quienes ha hecho copocer sus composiciones, que han sido muy elogiadas por la prensa.

Se distinguen entre todas, las últimas, algunas de las cuales son tan bellas, que con dificultad podrán señalárseles defectos salientes. El cuarteto endecasílabo es el metro que mejor maneja y en que están escritas las principales.

MI PADRE.

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,

Guarda la fe con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscricion y la tristeza
En su alma abrieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espinas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «á quien es bueno la amargura
Jamás en llanto sus mejillas moja,
En el mundo la flor de la ventura
Al más ligero soplo se deshoja.

»Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

»Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

»Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia,
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno

Reflejo fiel de su conciencia honrada.
;Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero forma su pobreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiración del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo vean,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre sean.

UN CONSEJO DE FAMILIA.

;Quién la miseria y el amor concilia?
Esto más que un problema es un misterio;
Para hablar de un asunto que es tan serio
Hubo ayer un consejo de familia.

Hizo de presidente del consejo
Un hombrecillo á quien la edad agobia,
El que además del chiste de ser viejo
Es nada ménos padre de mi novia.

A su lado, y en cómoda poltrona,
Con franco y natural desembarazo,
Estaba una señora setentona
Con un perro faldero en el regazo.

Y en derredor, con rostros muy severos
Y animados de cólera no escasa,

Estaban cual prudentes consejeros,
Seis ó siete visitas de la casa.

Entre todos, causando maravilla,
De gracia y juventud rico tesoro,
Como un ángel sentado en una silla
Estaba la mujer á quien adoro.

«Conque vamos á ver, dijo indiscreta,
La madre, por anciana impertinente:

¿Es verdad que eres novia de un poeta
Que ya ciñe un laurel sobre la frente?

—Puesto que lo sabeis, dijo la niña,
No lo puedo negar, le quiero mucho.

—Mereces, dijo el padre, que te riña,
Y la madre exclamó:— ¡Cielos! ¿qué escucho?

— ¡Blasfemia intolerable que me irrita!
¿Habrás visto niña descarada?

Dijo en tono burlon una visita
Pegándose en la frente una palmada.

—Los versos nada más son oropeles,
Dijo la anciana en tono reposado,
Y apuesto á que no sirven sus laureles
Ni para sazonar el estofado.

¡Un novio soñador y sin dinero!
Hija, esto sí que nadie lo perdona;
Ya que tiene corona y no sombrero;
Fuera mejor que usára su corona.

Los hombres, dijo el padre, son perversos,
Pero más los poetas de hoy en día;
Quizá te piensa alimentar con versos,
Y eso vas á comer ¡pobre hija mía!

—O ¿quién sabe? agregó con triste acento
Una visita al parecer piadosa,
Si se irán á poblar el firmamento
O á vivir en el cáliz de una rosa.

—Puede ser, interrumpe otra persona,

Que intenten levantar, llegado el caso,
A orillas de la fuente de Helicon
Un palacio en las faldas del Parnaso.

El regalo de boda, amigo mío,
Tendrá joyas riquísimas y bellas:
Junto á un collar de perlas de rocío,
El manto azul del cielo y sus estrellas.

Envidia te tendrán los serafines,
Pues tendrás deleitando tu hermosa
Una alfombra de nardos y jazmines,
Y un ruiseñor que cante en la espesura.

El marido feliz te dará un beso,
Diciendo tengo un ángel por esposa,
Y á la hora de comer ¿quién piensa en eso?
Para el poeta la comida es prosa.

Un coro de estridentes carcajadas,
Satíricas, terribles, infernales,
Convirtió las mejillas en granadas
Al ángel de mis sueños celestiales.

¿Cómo piensas seguir esos amores,
Tú, la más infeliz de las mujeres?
¿Soñando en astros, pájaros y flores,
Vas á encontrar la dicha y los placeres?
¿A qué alta sociedad, hija querida,
Te llevará este amor del cual abusas?
Ha de ser muy monótona la vida
Sin tener más visitas que las musas.

Otra risa estalló, ¡bendita risa!
Entonces ella abandonó su asiento,
Y con grave ademán y muy de prisa,
Salíó sin titubear del aposento.

Llamáronla mil veces, pero ella,
Espléndida, graciosa, soberana,
Como asoma en los cielos una estrella,
El rostro fué á asomar por la ventana.

Vén, me dijo, mitad del alma mía,
Dicen que amarte es prueba de torpeza,
Que te deje por pobre, ¡qué ironía!
Que por pobre te olvide, ¡qué tristeza!

Como no nos comprenden, es por eso
Que destruir mis amores se concilia,
Yo siempre seré tuya, dame un beso.
¡Se ha lucido el consejo de familia!

JUAN B. HIJAR Y HARO.

El Doctor Híjar cuya dedicacion al ejercicio de la Medicina, en el que es una eminencia, y cuya azarosa vida han cubierto su cabeza de prematuras canas, es á la vez un distinguido poeta tierno y soñador, en lo cual se distingue de la mayor parte de sus colegas profesionales, que han tenido y siguen teniendo la desgracia de imaginarse que su ciencia y su escalpelo pueden ser capaces de demostrar que el alma es un mito religioso cuya lápida es el marmol del anfiteatro, como la del cuerpo es la piedra del cementerio.

Como médico militar hizo toda la campaña de la larga y sangrienta guerra de Reforma, y estuvo á punto de ser fusilado por el general reaccionario Marquez, sin otro delito que el de haberle encontrado curando á los heridos del ejército liberal derrotado en Tacubaya.

En Guadalajara, su país natal, ha desem-

peñado largo tiempo cuatro cátedras de la Escuela de Medicina, y ha tenido la gloria de formar distinguidos facultativos.

En Madrid y París ha obtenido por su ciencia las más altas distinciones de las eminencias médicas europeas.

Escribió con Vigil, en México, la notable y voluminosa *Historia del Ejército de Occidente*.

Con el ilustre general D. Ramon Corona, actual Ministro de México en España, vino Híjar de primer secretario de la Legacion, y durante un viaje de su Jefe por Europa, ha desempeñado más alta mision diplomática como encargado de Negocios de la República.

Como literato goza de la intimidad de los más distinguidos escritores madrileños, que admiran en las composiciones de Híjar la profundidad de la idea, el lujo y novedad de las imágenes, y la bella versificación.

MISTERIOS DE LA NOCHE.

Las doce son... La noche está tranquila,
Y en silencio imponente las montañas,
Del manso arroyo en las sonantes cañas
Apénas se oye el viento murmurar.

Sólo turba el misterio de la noche,
Aquí, el aullar de un perro que despierta;
Allí, de un gallo el matutino alerta;
Allá, del triste cáraño el graznar.

Fantástica silueta de una torre
Se levanta en el valle solitario...
Sube la luz del templo al campanario,
Como sube á los cielos la oracion.
De un terso lago en la saucedá umbria,
Mil garzas y palomas en bandadas,
Van á plegar el vuelo sosegadas
De las ondas purísimas al són.

Al fresco halago del medroso viento
Que de los sauces el ramaje ondea,
De Sirio esplendoroso centellea
El rayo melancólico al pasar.
Blando silencio y apacible calma
Consuelo dan al corazon herido,
Duermen las aves en agreste nido,
Las brisas cantan y suspira el mar.

Allá del monte por la cima oscura
La casta luna con misterio asoma,
Y de su cáliz virginal aroma
Exhala pura al despertar la flor.
En su carro de nubes y de estrellas
Se aleja ya de su oriental palacio,
Mientras recoge el alma en el espacio
Dulce tristeza, bálsamo de amor.

Forma su trono, en apiñado grupo,
Tenue, sereno, pálido celaje,
Como de un cisne el cándido plumaje
Flotar su manto en el azul se ve.
Nada interrumpe el soñoliento paso
Con que la maga del espacio rueda,
Lámparas de oro alumbran la vereda

Que el sol bordando de luceros fué.
¡Oh solitaria virgen del que yace
En la region oscura de los muertos!
Si mañana al cruzar estos desiertos
Encuentras removido el arenal,
Será que en él sin tumba ni memorias
Mi último sueño dormiré tranquilo.
¡Piadosa alumbra mi postrer asilo
Con la pálida luz de tu fanal!

Mas entre tanto sigue tu carrera
La celeste llanura trasponiendo,
Perlas llorando y súplicas oyendo
Al blando preludiar de mi laud.
O bien sumerge tu brillante carro
En el seno de roncadas tempestades,
Y chozas, y palacios, y ciudades
Sepulta de la muerte en la quietud.

Siempre bella serás: siempre cantando
Iré el misterio que tu luz encierra;
Ya que he perdido cuanto amé en la tierra,
Yo tu amante seré, tu trovador.
Con tu blonda bordada de celajes,
Sonámbula feliz, vaga en el cielo
Y brille hermosa en tu flotante velo
La blanca estrella que alumbró mi amor.

Todo muerto parece, y todo vive;
Todo es al alma misterioso y vago;
Cuando suspira el céfiro en el lago
Parece que suspira un corazón.
¿Qué es el rumor que del desierto llega
En fugitivas ondas á mi oído?
¿Es el oscuro genio del olvido
Que borra de una tumba la inscripcion?
¡Ni lo quiero saber! El alma herida,

Pliega las alas con letal desmayo,
Y de la luna al silencioso rayo
Pide consuelo á su apagada fe.
Profundo arcano el universo encierra,
Y ante el abismo inmenso recogido,
El mundo en brazos de la paz dormido.
En silencio magnífico se ve.

En sus tallos las flores se columpian,
Como en mis brazos se meció algun día
La blanca flor de la esperanza mia,
Al resplandor del astro matinal.
Tal vez olvida que por ella vivo
Con su recuerdo en lágrimas deshecho;
Tal vez suspira lánguida en su lecho,
Soñando que le doy beso nupcial.

¡Quién sabe qué será! Mi frente anubla
El airado huracan de una memoria...
Cubre el misterio su ignorada historia,
Y entre sombras resbala el porvenir.
Hondo volcan de tormentosa duda
Mi sangre enciende con terrible llama...
¡El veneno en mi copa se derrama!...
¡Dejadme, cielos, por piedad morir!

¡Maldita la mujer que miente amores,
Del hombre profanando el embeleso!
¡Maldita la mujer que deja impreso
En el labio un dolor con un placer!
Mas... la amo tanto, que al pensar en ella
De amor me torno en manantial fecundo;
Y en éxtasis feliz levanto un mundo,
Que compendia el encanto de mi sér.

Dejadme que la invoque, cual se invoca
Á Dios en la oración... en honda calma,
Que baje sola y cándida á mi alma
A vivir en silencio para mí.

Si es ilusion, dejad que la recuerde;
Ella mi vida fué, mi cielo, ella;
Nunca en la ausencia se nubló la estrella
Que allá en mis horas de ventura ví.

Era su voz más suave y melodiosa,
Que del sinsonte el matinal arrullo;
Más dulce que del árbol el murmullo
Que daba sombra á mi paterno hogar.
Era su acento el eco de un suspiro
Que allá en la noche cariñoso suena;
Era el canto fugaz de la sirena
Que cruza solitaria por el mar;

Era un lucero, un ángel vaporoso,
El trasunto ideal del universo;
Era de mi arpa de dolor el verso
En que se alzaba mi plegaria á Dios:
Mas ¡ay! pasó, cual pasa un meteoro,
Sombras y luz regando en su camino;
¡Quiso que fuera el bárbaro destino
De mi ventura la desdicha en pos!

Todo ante mí pasó: pasó la aurora;
Con perezoso vuelo pasó el día,
Y pasará también la noche fría,
Y el incierto mañana pasará.
Vendrá la primavera perfumada,
Flores regando por el bosque umbrío,
Y al viento irá la música del río,
Que entre frondosas vegas correrá.

Mas bramarán despues los vendavales,
Barriendo en el jardín frutos y aromas,
Y cantarán de miedo las palomas,
Ocultas en el fúnebre sauz.
Será la tempestad negra y bravía,
Que despoja á los valles de sus galas;

Serán del aquilon las roncacas alas;
Será del rayo la tremenda luz.

Pasó también mi juventud florida,
La hermosa edad de la ilusion ardiente;
Cayó la nieve, emblanqueció mi frente,
Y la sentí en el alma resbalar...
Todo concluye así; todo concluye
Ante el imperio de la suerte airada;
Por el oscuro reino de la nada
Todo tiene cual sombra que pasar.

Mas aquí donde acaba cuanto empieza,
¿No acabará la hiel de mi destierro?
¿De uno y otro eslabon, el duro hierro
De mi cadena lograré romper?
Tal vez el hado satisfecho vuelva
Á la acerada vaina la cuchilla;
Tal vez mañana en apartada orilla
Mire la aurora tropical nacer.

¡Oh! Si al soplo voraz de la tormenta,
Tras de rudo bregar en mar bravío,
Abierto hubiera el piélago sombrío
Una ignorada tumba al corazon,
No suspirára por la costa errante
De la espaciosa playa en las arenas.
¡Dichosos los que escuchan en sus penas
De su piadosa madre una oracion!

Yo también, como ellos, fuí dichoso
Cuando en mi hogar pacífico vivía,
Cuando cantaba al despuntar el día
Melancólicas trovas á mi bien.
Volaron ya tan bellas alboradas,
Y mis noches de amor también volaron;
¡Noches felices que al pasar dejaron
Sin vida al corazon junto á su eden!

Mas lánguida la luna y soñolienta,

En el distante ocaso palidece,
El alba en el Oriente resplandece,
Y bafia el cielo de templado azul.
Ya la plácida aurora sus colores
Con vaporosas gasas multiplica,
La fimbria de oro de su veste rica
Al aire entrega su ligero tul.

Ya se abren los rediles y se mueven
Las ovejas pacíficas balando,
Y despiertan las aves saludando
De la mañana el dulce roscicler.
Himno feliz que de la tierra sube,
Y el viento inunda y el espacio puebla,
Que en las tranquilas ondas de la niebla
Tras la bóveda azul se va á perder.

Gratos efluvios de oriental fragancia
La rosa, el nardo, el tulipan difunden,
Y mis sentidos lánguidos confunden
La esencia, el canto, la risueña luz.
El arpado sinsonte, en la espesura,
Melancólico canta, enamorado,
Como canta el poeta desterrado
De un solitario bosque ante la cruz.

Ya el matinal lucero desfallece
Entre el crespon dorado de las brumas,
Y entre nubes de encajes y de espumas
Se mira el sol gigante aparecer :
¡ Levántate, grandioso rey del día,
Que indiferente á todo está el proscrito :
Así lo quiso Dios : estaba escrito
Que fuera mi destino padecer !

SUSPIROS DEL ARPA.

Nada temas, mi bien, los infortunios,
La envidia de los hombres, los pesares,
La tierra en lucha con los hondos mares,
El rudo batallar de la pasión ;
El hambre, la orfandad, el desamparo,
La gloria, la fortuna, las mujeres,
La guerra, los dolores y placeres,
No han podido cambiar mi corazón.

Aunque en mi frente pálida resbale
La sombra aterradora de un naufragio,
No temas por tu amor, es el presagio
Conque el destino me marcó al nacer ;
¡ Ay ! á tu lado volverá la dicha
Como vuelve la luz tras noche oscura,
Y el sol te alumbrará de la ventura
En la atmósfera ardiente de mi sér.

Vén á mi corazón ; en él tu imagen
Con inmortal buril verás grabada,
De inefable tristeza coronada
De mis blandas canciones al rumor.
Es un altar que consagré á tu gloria
Con atrevida timidez alzado :
Cuantos himnos en él han resonado
Los arranqué al olvido por tu amor.

Cuando vuelvo al pasado la mirada,
Sin tí el paisaje me parece muerto :
Como muere la tarde en el desierto
Morir mis sueños de ventura vi.
Cuantas veces trepando por los riscos,
Donde el torrente su ímpetu desata,
Tu nombre, al retumbar la catarata,

Entre la espuma y el cristal oí.
¡Cuántas veces dormido entre las rocas,
En donde cuelga el águila su nido,
Al borde del abismo suspendido
Soñando en tus encantos desperté!
¡Cuántas, también, perdido en las montañas,
Entre arboledas de silvestre aroma,
Al canto gemidor de la paloma,
Durmiendo entre las zarzas te soñé!

¡Ay del que anhele penetrar osado
De las horas que fueron el misterio!
En el yermo sin luz de un cementerio
Sólo hallará un vasto panteon;
Porque hay recuerdos que en la mente moran
Para ahogar entre sombras nuestra vida...
Feliz aquel que, por su bien, olvida
Que envenenó el infierno su ilusion;

Mas ¿á qué recordar, si ahora dichoso
Apuro el cáliz de tu amor sedientó,
Si fresco aroma y virginal aliento
En tus caricias lánguida me das?
¿Qué importa que la noche se eternice,
Ni que en tus brazos me sorprenda el día?
¡Tú eres la luz de la existencia mía!
¡Tuyo es mi corazon, tuyo no más!

Tú la púdica flor de mis ensueños;
Eres la redencion, el misticismo:
Yo soy de los arcanos el abismo,
La estrella tú eres y la noche yo.
Sobre las huellas que mi frente surcan
Viertan tus labios bálsamo de vida:
¡Ah! si mustia la ves, nunca vencida
Ante el hado enemigo se inclinó.
De luz vestida tu gallarda imágen,

De mi destierro en el dolor profundo,
Al navegar el piélago del mundo,
Siempre me dió valor para sufrir.
Mas ya en dichosa union navegaremos,
Al són del arpa, por el viento herida,
El borrascoso mar de nuestra vida,
En brazos uno de otro, hasta morir.

Deja que amante por tus bellos ojos
Te infunda ardiente mi insaciable anhelo;
Y nunca temas que desgarre el velo
Casto, sin mancha de tu ansiado bien.
Paz é inocencia, libertad y gloria
Disfrutarás por siempre al lado mio,
Y de rodillas el destino impío
Te ceñirá laureles á la sien.

Si en tus labios el néctar apurára,
El cristal del pudor se empañaría,
Y el cáliz virginal se rompería
Al soplo de mi aliento abrasador.
¡Entonces, ay, entonces...! ¡qué amargura
Al mirarte ultrajada por mí mismo!
¡Cuán hondo fuera, para mí, el abismo
De tan culpable y maldecido error!

Ni lo quiero pensar. La nueva aurora
Ilumina risueña mi esperanza,
Y cuanto avaro el corazon alcanza
Es de ilusiones dilatado mar.
Cuando canta la tórtola apacible
De la enramada bajo el toldo espeso,
Su blando arrullo me parece un beso
Que me manda tu pecho al suspirar.

Quando miro esa flor que te engalana,
Quisiera loco, en mi delirio ardiente,
Con un beso de aromas en la frente
Agostarme de amor sobre tu sien,

Beso por beso renovar la vida,
Cambiando el alma con febril aliento,
Y atravesar el mundo, el firmamento,
Hasta plegar el vuelo en el Eden.

Mas ¡ah! de los humanos el destino
En su cárcel oscura nos encierra:
Si no hay un cielo para tí en la tierra,
Si no existe un altar para tu amor,
Vén en silencio á mi apartado albergue,
Y del mundo en mis brazos escondida,
Siglos serán las horas de la vida,
Y quimeras la muerte y el dolor.

De la florida vega entre las sombras,
De la gruta y el bosque á los rumores,
Al despertar los pájaros cantores,
Sus cláusulas de amor nos cantarán.
Y si al secreto encanto que me infundes
Huyen de ayer las horas intranquilas,
Rayos de luz brotando tus pupilas,
La noche de mi vida alumbrarán.

Al calor de tu aliento, entre los nardos,
Que en tu seno palpitan pudibundos,
Como cisne que canta entre dos mundos,
Tu virginal belleza cantaré.
Cuando el oscuro manto de la noche
Descuelgue sus crespones sobre el suelo,
Cuando rueden los astros en el cielo,
Yo tu tranquilo sueño velaré.

Cuando de forma cambien nuestros seres,
Cuando termine nuestra humana historia,
Oda inmortal, en páginas de gloria,
Nuestras almas ardientes dejarán.
Nunca á la muerte sucumbir podemos;
Dios á los seres que ama diviniza:
Tras de ese cielo que la luz matiza

Nuestras frentes cual soles lucirán.

No más enlute tu sereno rostro
La sombra aterradora de la ausencia:
Tuyo es el universo, la existencia
Se dilata en el mar del porvenir.
Todo á la dicha y al placer convida,
Y abre á tu paso virginal tesoro,
Ya el mar rodando sus arenas de oro,
Ya el cielo abriendo golfos de zafir.

Con murmullos y brisas y misterios,
Primavera balsámica y gallarda
La blanca flor de la ilusion nos guarda
Para ungir tu cabello con su olor.
Sombra las palmas nos darán gentiles;
Y si el deleite púdico nos toca,
Al acercar mis labios á tu boca
Nuestra santa oracion será de amor.

Huirá la tentacion arrepentida,
Y el alma libre, en vagaroso vuelo,
Con el amor purísimo del cielo
Tierna y tranquila volverá hácia tí.
¡Qué nos importa el mundo ni sus leyes,
La negra tempestad, la dulce calma,
Si tú conmigo vas, alma de mi alma,
Viviendo y suspirando junto á mí!

Si es la verdad mentira, infierno el cielo;
Si es la dicha una forma del delirio,
Acepto la ventura del martirio,
Y en vez de maldecir quiero cantar.
Si eres sombra, mi bien, si eres un sueño,
Que caprichosa me forjó la suerte,
Hasta bajar al reino de la muerte
En tu seno de amor quiero soñar.